

La lectura del importante libro sobre "El Conde Lemos y su tiempo" de Jorge Basadre proporciona nutridos conocimientos acerca de sugestivos aspectos del pasado peruano. Personalidad de notables características, el gobernante colonial surge en sus más precisos lineamientos. Anteriores bocetos recargaban el tinte religioso del Conde y más se atendía a sus preocupaciones místicas que a su entereza como celoso guardián de la hacienda real. Espíritu dotado de energía y de amplia visión para resolver los problemas administrativos, en su gobierno encuentra Basadre un índice de nuestra realidad, que permite propocionar el nítido conocimiento de un lustro de singular intensidad del período colonial. Por esto, el nuevo estudio viene a llenar la grata misión de colocar al Virrey Conde de Lemos dentro del marco que le corresponde con los brillos y las sombras que todo buen retrato debe ostentar, si es composición de quien posee detreza en la ciencia y en el arte de reconstruir hombres y episodios de otros tiempos.

José M. Vélez Picasso

REBELIONES INDIGENAS

REBELIONES INDIGENAS —Por Daniel Valcárcel.—Editorial P. T C. M.—1946.

Dentro del movimiento bibliográfico peruano actual, una de las últimas producciones que merece especial mención, es la obra del joven profesor sanmarquino Daniel Valcárcel, titulada "Rebeliones Indígenas".

Valcárcel se dedica con preferencia a esclarecer los movimientos precursores de nuestra independencia, y, en esta labor, viene realizando una amplia investigación acerca del formidable hecho revolucionario de 1780, encabezado por Tupac Amaru, sobre el que prepara una obra definitiva.

Antes de enfocar los acontecimientos revolucionarios, Valcárcel presenta en el libro que comentamos, un panorama de las instituciones coloniales existentes en España y América y su organización y funcionamiento, y señala el afán que tenía la Corona por amparar y proteger a los indígenas con leyes benefactoras, las que, en la mayoría de los casos, no se acataban por la codicia o interés personal de los españoles en Indias y por la distancia de las colonias del poder Real. Hace, también, una sucinta referencia a los conatos e insurrecciones indígenas de los siglos XVI y XVII, en atención a que guardan una estrecha relación

con los movimientos del siglo XVIII, que constituyen el asunto propio de su obra.

Los "Alborotos locales del Curaca Ignacio Torote", son los primeros del siglo XVIII. Se inician un año después de la muerte de Fray Francisco de San José—fundador del convento de Santa Rosa de Ocopa—ocurrida en 1736, y son los que impiden "el progreso de las misiones, como síntomas amenazadores de la futura rebelión del mestizo Juan Santos". El autor refiere las incidencias de estos alborotos que tuvieron por sede la región selvática y como principal objeto la destrucción de todas las normas de vida civilizada implantadas por los frailes misioneros. Valcárcel no se pronuncia nítidamente en este duelo entre civilización y barbarie.

Otros intentos de violencia de poca importancia surgen antes del movimiento de Juan Santos, pero sin constituir obstáculo para la prosecución de la tarea evangelizadora. En 1742 se produce, entre Tarma y Jauja, la insurrección de Juan Santos, que pretende restaurar el Imperio de los Incas. Aquel indio convertido, que había viajado por Europa y Africa con el favor y protección de los jesuitas, a su retorno al Perú, ingresó, tal vez por huir de la justicia, a la región de la selva, donde se alzó. El motivo de su rebelión lo encontraba en el derecho que le asistía de gobernar el Reino del Perú, por ser sucesor legítimo de los Incas, como descendiente de Atahualpa. El movimiento duró 14 años debido a las condiciones especiales de la inhóspita región, a las medidas precipitadas de los realistas y a que Juan Santos era un indio occidentalizado, astuto para las acciones militares y sabía captarse el apoyo de las tribus selváticas.

En varias ocasiones fracasaron los avances de las fuerzas del Virrey, así como los intentos pacifistas del Padre Núñez, para reducir a los insurrectos. Las acciones del General José Llamas, que actuaba sin tomar precauciones y sin escuchar los consejos del veterano gobernador Benito Troncoso, se vieron frustradas muchas veces y el indio rebelde, envalentonado por los éxitos, destruía pueblos y trataba de sembrar el germen revolucionario por la Sierra. Su muerte, ocurrida probablemente en 1756, en Metraró, dá fin a sus ensueños de ver restaurado el imperio del Tahuantinsuyo. Una aureola de leyendas guarda el recuerdo de su vida y muerte, quedándose en la memoria de los indios como un ser divino, dueño de fuerzas invisibles.

Antes de concluir esta rebelión, en Lima, en el año de 1750, estaba por estallar una insurrección que perseguía, también, el restablecimiento del antiguo Imperio. Sus gestores eran los indios Antonio Cabo, Pedro Santos, Francisco Inca y otros, los que no tuvieron, sin embargo, la menor inteligencia con Juan Santos, como podría suponerse. Dos años habían preparado el golpe, pero fueron descubiertos

por la confesión de un negro comprometido en el asunto. Apresados y juzgados por el Oidor Bravo de Castilla, se les condenó a muerte y descuartizamiento en la plaza de Lima. Algunos lograron escapar de la justicia, tal el caso de Pedro Santos y Fracisco Inca, este último huyó a Huarochirí donde apoyado por su suegro inició el movimiento rebelde de esa provincia que tuvo un final adverso.

Con el relato de este hecho termina Valcárcel la primera parte de su libro, a la que añade algunas informaciones de carácter general, como son las "entradas" a la selva por los misioneros franciscanos, los datos sobre la vida y costumbres de algunas tribus—siguiendo en esto muy de cerca a Raimondi—y una visión de Lima después del terremoto de 1746.

En el último cuarto del siglo XVIII, las rebeliones son más frecuentes y en muchos casos simultáneas en diversas regiones del Virreynato del Perú y de Buenos Aires. Existe una verdadera ola de descontento que surge por el abuso de los Corregidores y demás funcionarios reales, coludidos algunas veces con los propios caciques. Es la época de la reacción contra los excesivos repartos mercantiles, el cobro de contribuciones, de tributos y de nuevos impuestos. Desde Lambayeque hasta Buenos Aires se producen insurrecciones y protestas—que no son sólo de indígenas sino también de cholos, mulatos y mestizos—que no adquierien caracteres de violencia y de peligro para el sistema virreynal. Muchos de ellos, en algunas ocasiones, no pasan de simples pasquines y libelos hirientes para los españoles o de un sordo rumor subterráneo de disgusto, cuyo brote no será muy lejano. Estos atisbos revolucionarios son sofocados fácilmente por las autoridades locales y sólo algunos requieren el apoyo del gobierno central.

En Arequipa el Corregidor Sematnat reprime por las armas las amenazas y acciones de los indígenas y un "oportuno bando de perdón general" termina con el malestar. Así mismo, en el Cuzco se descubren los preparativos sediciosos de Farfán de los Godos, que merecían, sin duda, la simpatía del Obispo Moscoso y Peralta: se apresaa a los cabecillas y se les castiga. En el Virreynato de Buenos Aires, en la provincia de Chayanta, una afrenta en la persona de Tomás Catari determina a éste a reclamar justicia ante el Virrey Vertiz y Salcedo, quien le recibe con benevolencia y escucha sus pedidos. Pero, esto mismo aumenta el odio del Corregidor de su provincia y determina que el movimiento de protesta, iniciado por Catari, continúe después de su muerte, hasta que sus hermanos Dámaso y Nicolás, nuevos caudillos, son vencidos por el jefe realista Ignacio Flores.

La rebelión de verdadera trascendencia es la de Tupac Amaru, "suma y compendio de un general estado de desasosiego". Valcárcel la narra en forma breve por ser conocida, en sus líneas generales.

Vencido "el caudillo epónimo" Tupac Amaru, después de más de seis meses de acción, es condenado por el Visitador Areche y el Oidor Mata Linares a descuartizamiento. Algunos rebeldes, como Diego Cristóbal, Andrés Mendigure y Tupac Catari, continúan la rebelión, pero pronto son vencidos y condenados a muerte.

Valcárcel termina su libro con el levantamiento de Felipe Velasco Tupac Inca Yupanqui, en Huarochiri, quien vencido por el hábil Corregidor Carrera es conducido a Lima y ahorcado en la Plaza Mayor.

"Rebeliones Indígenas", nos muestra, a Valcárcel como un entusiasta revisor del pasado histórico, a pesar de que no consigna toda su investigación sobre este interesante tema, y del que trataron ya extensamente Mendiburu, Ulloa, Markham y Emilio del Solar, por esto creemos que Valcárcel ha preferido mostrarnos el preámbulo de sus futuras producciones, que vendrán, seguramente, con el gran acopio de datos que viene recogiendo y una abundante bibliografía.

Félix Alvarez Brún.

LA EMANCIPACION

LA MEMORIA DE ABASCAL

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS.—Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla.—José Fernando de Abascal y Sousa, Virrey del Perú, 1806-1816.—Memoria de Gobierno.—Edición preparada por Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calerón Quijano.—Con un estudio preliminar de Vicente Rodríguez Casado.—2 vols. 21 cms. p. 495 y 583.—Con ilustraciones e índices.—Sevilla.—Talleres Tipográficos de Editorial Católica Española, S. A., 1944.

La Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla, al publicar la Memoria de Abascal, ofrece, sin duda alguna, un muy valioso elemento de juicio para la apreciación de los momentos finales de la dominación española en América. La calidad del gobernante, los instantes de la gestión y el significado de su obra, conceden a este documento, que se publica en Sevilla, importancia fundamental y decisiva.

Fuera del fragmento de la Memoria, publicado por Odriozola en el segundo tomo de sus Documentos Históricos, de uno que otro ejemplar de la época, existente en archivos privados, y de algunos papeles